

أحبن  
أمح  
هاع  
أعي  
سلم  
طيق  
ظس  
ضال  
وفق  
دك  
ذيف  
فغ  
حاط  
هه  
ع  
ي  
ب  
أ  
و  
كن  
ي  
ب  
أ  
وص

Isabelle  
Eberhardt  
amores nómadas

maldoror





**Isabelle Eberhardt**

# **Amores nómadas**

**Traducción: Jorge Segovia**

**MALDOROR ediciones**

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada  
por los editores, viola derechos de copyright.  
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:  
*Amours nomades*  
Éditions Joëlle Losfeld, París 2003

© Primera edición: 2011  
© Maldoror ediciones  
© Traducción: Jorge Segovia

ISBN: 978-84-96817-76-0

MALDOROR ediciones, 2011  
maldoror\_ediciones@hotmail.com  
www.maldororediciones.eu

The background of the page is a photograph of a desert landscape. It features rolling sand dunes in shades of light beige and gold, stretching towards a clear, pale sky. The lighting is soft, suggesting a time of day like dawn or dusk. The overall mood is serene and expansive.

*AMORES NÓMADAS*

## Amara el presidiario

Un poco por necesidad y otro poco por gusto, estudiaba entonces las costumbres de las poblaciones marítimas de los puertos del Mediodía y Argelia.

Un día, embarqué a bordo del *Felix Tuache*, a punto de zarpar para Philippeville.

Humilde pasajero del puente, vestido con una tela azul y un gorro, no llamaba la atención de nadie. Mis compañeros de viaje, sin desconfianza, no dejaban ver ningún cambio en su habitual manera de ser.

Es un grave error, en efecto, creer que podemos llevar a cabo estudios de las costumbres populares sin mezclarnos con el medio que estudiamos, sin vivir su vida...

La singladura de ese viaje feliz para mí –como todos los viajes a la amada tierra de África–, comenzó una clara tarde de mayo.

Las tareas de carga del *Tuache* llegaban a su fin y, una vez más, asistía al ir y venir de las horas de embarque. En el puente, algunos pasajeros esperaban ya el desamarre, aquellos que, como yo, no tenían ningún adiós que hacer, ni familiares que besar...

Acá y allá, algunos soldados formando pequeños grupos... Un joven cabo de infantería, completamente borracho, que, tan pronto embarcó, se cayó al suelo cuan largo era sobre las planchas húmedas y que se quedó allí, sin moverse, como sin vida...

Un poco aparte, sentada sobre unos cordajes, me fijé en un joven que llamó mi atención por la extrañeza de toda su persona.

Muy delgado, de cara bronceada, imberbe, de rasgos angulosos, vestía un pantalón de tela muy corto, alpargatas, una especie de chaleco de caza a rayas que se abría a la altura de su óseo pecho, y un gastado sombrero de paja. Sus ojos hundidos, de un cambiante tinte leonado, tenían una mirada extraña: se leía en ellos una mezcla de temor y huraña desconfianza.

Al oírme hablar en árabe con un chalán bonés, el hombre del sombrero de paja, tras largas vacilaciones, acudió a sentarse a mi lado.

– ¿De dónde vienes? –me dijo, con un acento que disipó mis dudas sobre su origen.

Le conté cualquier cosa, diciéndole que regresaba tras haber trabajado en Francia.

– Alaba a Dios, si has trabajado en libertad y no en prisión –me dijo.

– ¿Y tú, sales de prisión?

– Sí, me pasé ocho años en Chiavari, en Córcega.

– ¿Qué hiciste?

– Maté a una criatura, entre Sétif y Bu Arréridj.

– ¿Pero cuántos años tienes entonces?

– Veintiséis años... Estoy en libertad condicional desde hace tres meses... Tres meses, eso es mucho.

Durante el resto de la travesía, ni el presidiario de Chiavari ni yo volvimos a dirigirnos la palabra.

El agitado mar se había calmado un poco. Caía la noche y al acercarnos a la costa de África el aire se hizo más dulce... Una tibieza embriagadora flotaba en la penumbra del crepúsculo.

En el horizonte meridional, una banda un poco más oscura y un mundo de vapores turbios indicaban la tierra.

Poco después, cuando se hizo noche cerrada, aparecieron las luces de Stora. El presidiario, apoyado contra la borda, miraba fijamente aquellas luces aún leja-

nas y sus manos se crispaban sobre la escurridiza madera.

– ¿Eso que se ve es Philippeville? –me preguntó en varias ocasiones, con una voz que temblaba de emoción...

En el puerto ahora sonámbulo, cerca del muelle, donde algunos mozos –tras el desembarque–, dormían sobre las losas, el *Felix Tuache* inmóvil también parecía dormir, a la luz vagamente carmínea de la menguante luna. El aire era tibio. Un perfume indefinible venía de la tierra, embriagador. ¡Oh! esas horas felices, esas dulcísimas horas de los *regresos* a África, tras los exilios lejanos y melancólicos.

Yo había decidido esperar a bordo el amanecer, para proseguir mi viaje a Constantine, donde debía, como simple formalidad, asistir al juicio del hombre que, seis meses antes, había intentado asesinarme, allí, en el lejano Souf.

Había extendido mis mantas sobre el puente, a babor, del lado del agua que apenas susurraba.

Me tendí, con un profundo bienestar, casi voluptuoso. Pero el sueño no llegaba.

El presidario en libertad condicional que, también él, pasaba la noche a bordo, se reunió conmigo. Se sentó a mi lado.

– Dios te guarde y proteja de la prisión, a ti y a todos los musulmanes –me dijo tras un largo silencio.

– Cuéntame tu historia.

– Alabado sea Dios, pues creí que iba a morir allí... Hay un cementerio donde meten a los nuestros, y muchos que llegaron antes que yo están ahí enterrados... Ni siquiera tienen una tumba en suelo musulmán.

– Pero cómo, siendo tan joven, has podido matar, ¿y por qué?



– Escucha –dijo.– Tú has sido educado en las ciudades y no sabes... Yo soy del *duar* de los Uled Alí, dependiente de Sétif. Todos nosotros somos campesinos. Tenemos muchos rebaños, y también caballos. Aparte de eso, tenemos campos que sembramos con cebada y trigo.

“Mi padre es viejo y yo soy su único hijo. En nuestro rebaño había una preciosa yegua gris, que aún no tenía los dientes del cuarto año. Mi padre me decía siempre: “Amara, esta yegua es para ti”. Le puse el nombre de Mabruka y la montaba a menudo. Era rápida como el viento y mala como una pantera. Cuando la montaba, no hacía más que dar saltos y relinchar, y se llevaba tras ella a todos los sementales del pueblo. Un día, mi yegua desapareció. La busqué durante una semana y terminé por saber que un campesino de Uled Hassen –nuestros vecinos del norte–, me la había cogido. Me querellé a nuestro *cheikh* y le llevé como presente un *mezuid* de mantequilla para que me hiciese justicia.

“Al saber que los gendarmes del *makhzen* habían ido a buscar a la yegua, Ahmed, el ladrón, al no poder venderla, pues era conocida, la llevó hasta un barranco y la mató. Cuando me enteré de la muerte de mi yegua, lloré. Después juré que me vengaría.

“Una noche como boca de lobo, abandoné furtivamente nuestro *duar* y me acerqué a donde vivían los Uled Hassen. El *gurbi* de Ahmed, mi enemigo, estaba un poco aislado y rodeado por una pequeña cerca de espinas. Esperé la aparición de la luna y poco a poco me fui deslizado hasta allí. Para calmar a los perros, había llevado las entrañas de un cordero que habíamos matado aquel día. A la luz de la luna, pude ver a Ahmed, acostado ante su *gurbi*, para guardar sus corderos. Tenía su fusil bajo la cabeza. Su sueño era pro-

fundo. Ceñí mi *gandura* con un pañuelo, para no tropezar con nada. Entré en el cercado. Sentía debilidad en las piernas y un calor terrible quemaba mi cuerpo. Vacilé, pensando en el peligro. Pero estaba escrito, y los perros, hartos, ladraron. Entonces cogí el fusil de Ahmed, se lo quité bruscamente de bajo su cabeza y lo descargué a bocajarro en su pecho. Después huí. Los hombres y los perros del *duar* me persiguieron, pero no consiguieron atraparme. Entonces, cometí un error: nadie me había visto y hubiese debido volver a casa de mi padre. Pero el temor a la justicia de los cristianos me empujó a echarme al monte, por las colinas. Durante tres días y tres noches me oculté en los barrancos, alimentándome de higos chumbos. Tenía miedo. Por las noches, ni siquiera me atrevía a dormir. El menor ruido, el soplo del viento entre los matorrales me hacían temblar. Al tercer día, los gendarmes me detuvieron. La historia de la yegua y mi desaparición lo habían revelado todo y, a pesar de que nunca confesé, fui condenado.

“Los jueces me perdonaron la vida, porque era joven. Durante tres meses, estuve en las prisiones de Sétif, en Constantine, aquí en Philippeville. Después me metieron en un barco, y me trasladaron a Córcega. En el penal, donde casi todos éramos musulmanes, no se es tan desgraciado, con la ayuda de Dios y si uno se porta bien. Pero sigue siendo la prisión, y lejos de la familia, en un país infiel. Gracias a Dios, me concedieron la libertad.

“¡Tres meses es mucho!

– ¿Lamentas, ahora, haber matado a ese hombre?

– ¿Por qué? Estaba en mi derecho, ya que él había matado a mi yegua, ¡y yo nunca le hice nada! Pero no debí haber huido.

– Entonces, ¿tu corazón no se arrepiente de lo que has hecho, Amara?

– Si lo hubiese matado sin razón, sería un gran pecado.

Pude percibir que, sinceramente, el beduino no concebía, a pesar de todos los sufrimientos padecidos hasta entonces, que su acto hubiese sido un crimen.

– Y ahora, ¿qué harás?

– Me quedaré con mi padre y trabajaré. Llevaré el rebaño a pastar. Pero si alguna vez, de noche, en la montaña, me encuentro a uno de los de Uled Hassen que son los culpables de que me apresaran, lo mataré. A todos mis razonamientos, Amara respondía:

– Yo no era su enemigo. Fueron ellos los que sembraron la enemistad. Quien siembra espinas no puede cosechar trigo.

Es ya de mañana en el tren de Constantine.

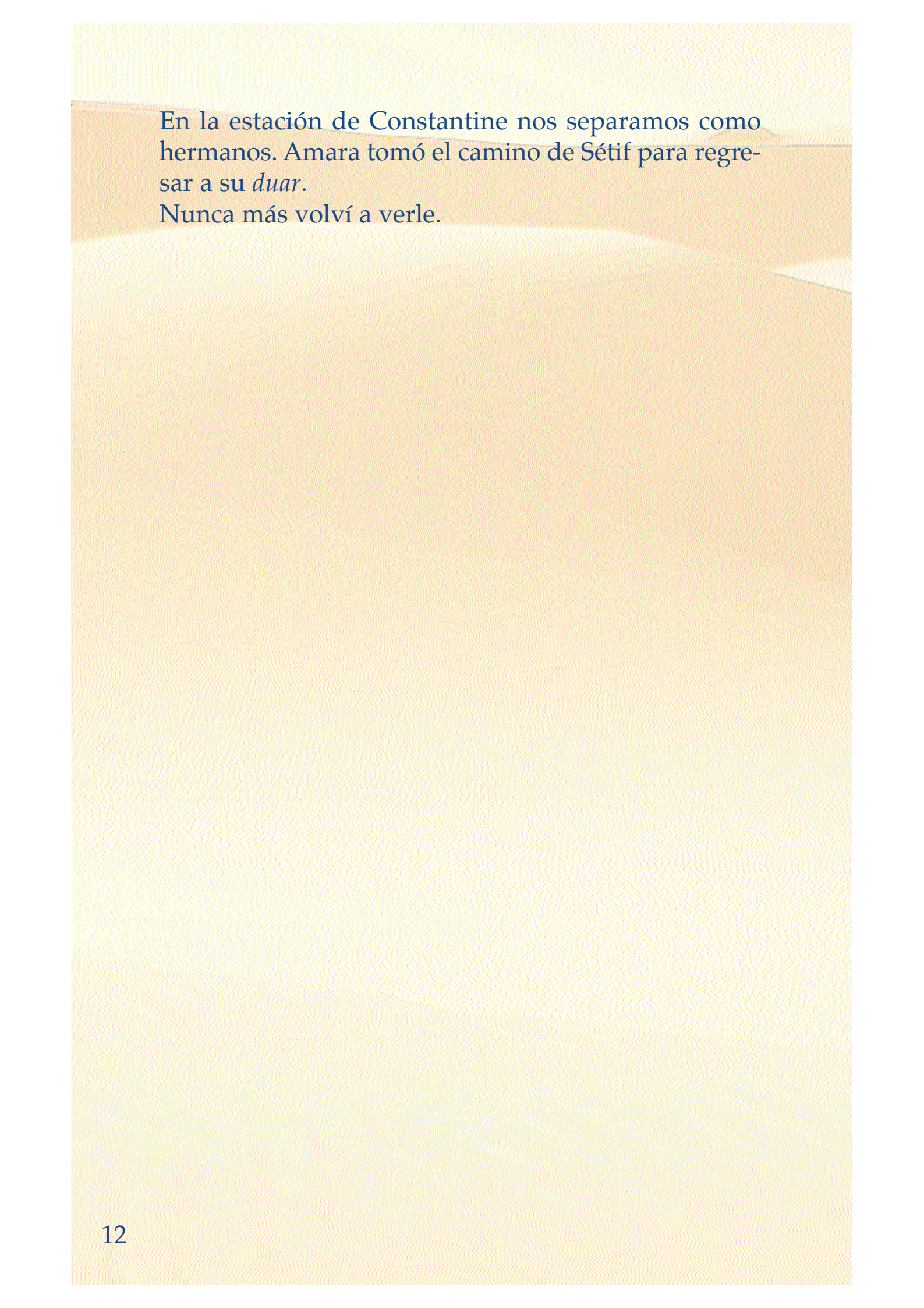
Con las pupilas agrandadas por la felicidad y una especie de asombro, Amara contemplaba el país que desfilaba lentamente ante nuestros ojos.

– Mira –me dijo de pronto–, mira: es trigo. Y eso que se ve, a lo lejos, es un campo de cebada... ¡Oh, hermano! ¡Mira cómo las mujeres musulmanas recogen las piedras de ese campo!

Era presa de una emoción intensa. Sus miembros temblaban y, a la vista de los cereales tan amados y venerados por el beduino, y de aquellas mujeres de su raza, Amara se echó a llorar como un niño.

– Vive en paz como tus antepasados –le dije–. Tendrás la paz del corazón. Deja las venganzas para Dios.

– Si no podemos vengarnos, nos ahogamos y sufrimos. ¡Tengo que vengarme de aquellos que me hicieron tanto daño!



En la estación de Constantine nos separamos como hermanos. Amara tomó el camino de Sétif para regresar a su *duar*.

Nunca más volví a verle.

## La Zauíya

Todas las mañanas, a la hora en que salía el sol, iba a sentarme bajo el porche de la *zauíya* Sidi Abd er Rahman, en Argelia.

Entré, con la ayuda de mi disfraz, en la santa *zauíya* a la hora de la oración...

¡Qué extraño! Sentí allí, a la sombra antigua de aquella mezquita santa del Islam, inefables emociones a medida que la voz alta y fuerte del *imam* salmodiaba esas antiguas palabras de la fe musulmana en la bella lengua árabe, sonora y viril, musical y poderosa como el viento del desierto donde nació, de donde vino, bajo el impulso de una sola voluntad humana, a conquistar la mitad del universo...

Escuchaba aquellas palabras que pronto iba a comprender y amar... Y a la vez miraba al *imam*. Era un anciano *cheikh* e *iriquâ* del sur, un árabe de pura y antigua raza sin mezcla de sangre bereber. De pelo ya totalmente cano, con grandes ojos rasgados, átonos, pero aún muy negros.

Sus ojos se iluminaban a veces con una luz intensa, como una chispa reanimada por un soplo repentino, después volvían a su inmovilidad turbadora y pesada.

Como de costumbre, no había mucha gente.

Entre otros, quizá verdaderos creyentes, convencidos que parecían beber con éxtasis las palabras del *imam*...

Había uno sobre todo que debía de ser un fanático. Se trataba de un *m'zabita* de unos cuarenta años, de tipo bereber muy pronunciado. Era hortelano en Mustapha y se llamaba Yussef ben el Arbi. Todos los

días llegaba a la mezquita en el mismo momento que yo, y, finalmente, comenzamos a intercambiar un *salamhaleik* muy amistoso.

Aquel hombre tenía, durante todo el tiempo que duraba la oración, una expresión verdaderamente extática... Palidecía y sus ojos brillaban de un modo especial, mientras repetía sin la precipitación de muchos otros los gestos consagrados.

Cuando salía, tras volver a ponerse sus gastadas *papudj* siempre les soltaba algunos *surdís* a los niños indígenas que mendigaban...

Yo también salí, y –cuando ya todos se habían ido–, me senté en el escalón de la puerta. Encendí un cigarrillo de la marca “Oriente” y, con las piernas cruzadas, me puse a esperar al Amado que siempre se reunía conmigo en este lugar predilecto.

Para llegar a la *zauíya*, si había pasado la noche en mi domicilio habitual del malecón de la Pesquería, debía primero ir a la calle de la Marina, a ver a cierta lavandera italiana, Rosina Menotti, que vivía en un sótano donde yo cambiaba mis ropas de mujer por la vestimenta correspondiente a mis planes para el resto del día. Después me dirigía lentamente a la *zauíya*.

Si, por el contrario, había pasado la noche ya deambulando imprudentemente por los barrios peligrosos, ya en una de mis casas de la ciudad alta o de Bab Azoun, tenía que meterme por una serie de fantásticos atajos.

Tenía un domicilio de paso en casa de una cantante del barrio de Sid Abdallah. Otro en la calle Si Rahmadan, en casa de unos judíos...

El tercero, no lejos de la antigua mezquita de El Kasbah Berui, hoy cerrada al culto y transformada en iglesia cristiana.